



# LA DEJADEZ INTELECTUAL DEL PETRÓLEO EN VENEZUELA<sup>1</sup>

Recibido: 12-07-2022  
Aceptado: 08-09-2022

Miguel A. Jaimes N.<sup>2</sup>  
Universidad de Los Andes, Mérida - Venezuela  
venezuela01@gmail.com

**Resumen:** En Venezuela, el petróleo ha generado una forma literaria única. Esta se manifiesta en novelas, cuentos, mitos, relatos, poesía, crónicas, leyendas, teatro, ensayos y otras expresiones sensibles, abordando uno de los temas más complejos y marginados: la captura del hidrocarburo a lo largo de tres siglos. Este tema, a menudo negado y poco transparente para la sociedad, se presenta como algo distante. Sin embargo, al examinarlo en profundidad, revela un llamado oculto, quizás olvidado, pero aún muy presente debido a los intereses económicos. Los sueños asociados al petróleo han dejado una huella oscura en los medios para alcanzar el progreso de esta sociedad. Nunca un tema tan real fue tan opacado. Este texto es capaz de reconocer sus recursos, pero en sus manos esconde toda su historia.

**Palabras clave:** literatura petrolera; Venezuela; hidrocarburos; impacto social; historia oculta.

---

1. Ponencia presentada en el **XIII Seminario Bordes: Madre Tierra: capas, frutos, agua, minerales y otros elementos primigenios**, celebrado los días 8 al 10 de septiembre del 2022 en la ciudad de San Cristóbal, Táchira-Venezuela. Disponible en: <https://youtu.be/iXUbsg60MR8>

2. Politólogo (ULA), Maestría en Ciencias Políticas (ULA), Doctor en Ciencias Gerenciales (UNEFA). Doctorando en Letras-ULA. Cursando Postdoctorado Mención Energías (Universidad Politécnica Territorial de Mérida). Libros publicados: *Apertura petrolera. Poder de PDVSA vs poder del Estado* (2014). *Petrocaribe la geogenerancia petrolera* (2015). *Debate sobre la economía venezolana. Venezuela, no hay posrentismo* (2023). Director del Diplomado internacional en geopolítica del petróleo, gas, petroquímica y energías-Venezuela. <https://www.geopoliticapetrolera.com>. Código Orcid: <https://orcid.org/0009-0008-8525-5016>

## The intellectual negligence of petroleum in Venezuela

**Abstract:** In Venezuela, oil has generated a unique literary form. This manifests itself in novels, stories, myths, stories, poetry, chronicles, legends, theater, essays and other sensitive expressions, addressing one of the most complex and marginalized topics: the capture of hydrocarbons over three centuries. This topic, often denied and not very transparent for society, is presented as something distant. However, when examined in depth, it reveals a hidden calling, perhaps forgotten, but still very present due to economic interests. The dreams associated with oil have left a dark mark on the means to achieve progress in this society. Never has such a real topic been so overshadowed. This text is capable of recognizing its resources, but in its hands, it hides its entire history.

**Keywords:** oil literature; Venezuela; hydrocarbons; social impact; hidden history.

*Te albergaste en mil cuevas...*  
*Rómulo Gallegos.*

Si escuchamos al petróleo desde la poesía su expresión es desgarradora. “MONSTRUO SAGRADO, venido de las fauces más insondables de la tierra. Irrumpiste por entre mil vericuetos, echaste a andar, ennegreciendo todos los caminos. Encumbrado en nuestro Lago, anclaste en nuestro Rio Padre más allá del viento y sus raudales.” Habemus Petroleum —Lapsus memoriae—, como lo dice Pablo Mora, en *Sangre Zurcida*, (2008, p. 141).

Luego sigue: “De pronto todo se tiñó de polvo. Eran los caminos, los lobos, las jaurías, que salían en busca de tus huellas, tras su presa nueva. Desoladas quedaron las comarcas. Tremenda soledad acurruco los sueños. Habemus Petroleum —Lapsus memoriae— (Mora, 2008, p. 141).

Después de Pablo Mora continuamos este comienzo con don Rómulo Gallegos, en *Sobre la misma tierra* [1944]: “Una depresión del terreno entre colinas circundantes de poca altura, en cuyo suelo todo negro de petróleo, no crecía la hierba y se extendían aguazales iridiscentes” (Gallegos, 1985, p. 121).

El petróleo en Venezuela no es ni un recuerdo. Decididos, sin presionar la úlcera sensible de su recuerdo sobre la sociedad venezolana. La mala, la escogida por la naturaleza para advertir un negocio de extranjeros advertidos, atendidos por ellos mismos. Algo expresado en el último siglo y medio en todas sus maneras. Si hubiésemos estado enterados no habríamos deseado que toda esta planeación de agotamiento resistiera tanto. Como cuando las ocurrencias de un trapo limpio tapa los deslices de las iglesias quedando como recuerdos los de un santo deportado. Así fueron las cosas en la casa sudamericana del petróleo.

No podemos quedarnos con la lectura que interpretó intempestivamente el último siglo y medio del olvido literario del petróleo en Venezuela, alguien terminará reclamando. Pero venimos de su dolor tras su explotación, por un aprovechamiento como llama votiva, la cual fue criminal, impuesta con la represión del silencio.

Hablamos de un mal que en su inicio fundó cientos de bares y empujó a miles de jovencitas a la prostitución para que luego dieran a luz a cientos de muchachitos, muchos de ellos muriendo a días de haber respirado y ser depositados en endeble cajas de madera, donde los gringos importaban manzanas para sus campos petroleros.

Así lo escribió Efraín Subero en su breve obra *Campo Sur* cuando con dolor nos narró que “Soledad, silencio. Hastío” (1960, p. 5). Luego dijo: “En los hombres del portón, muy pronto, la rebeldía se les convierte en desesperación. En Sucre, en Margarita, en Barinas, quedaron la mujer y los hijos.” (1960, p. 6).

Hoy supimos la verdad, informes clínicos de neuropsicólogos han señalado tristemente que esas muchachitas abandonadas por papá y mamá, cuyos cuerpos biológicamente adelantaron sus menarquías eran más propensas a la promiscuidad. Así se constituyeron los palafitos desnudados de pobreza, donde corrieron a los pobladores que *La Compañía* con sus jefes civiles, intendentes y guachimanes (venezolanismo de vigilante), les arrebató sus casas en los *Campos petroleros* como el de San Timoteo, hoy Municipio Baralt, situado en la Costa Oriental del Lago de Maracaibo, estado Zulia, Venezuela, occidente venezolano. Donde el miserable en plena madrugada despertaba a sus tripones y en cántaras abolladas violaba la alambrada para robar agua. Y si en la mañana recogían del suelo un mango, y el guachimán lo veía, iba preso con sus hijos.

Fueron cosas de la naturaleza quien no tuvo la culpa de conformar por medio de presión y calor sobre microorganismos vegetales y animales en descomposición combinados con depósitos marinos descompuestos, los cuales formaron una compleja mezcla llamada por los ingenieros los hidrocarburos oscuros y nombrada por nuestros indígenas el *Mene*. Sin más que decir, era el petróleo.

Esa mezcolanza impregnó a los seres humanos que habitaron los tiempos del dictador Juan Vicente Gómez. Un solo hombre—militar, quien comandó estas tierras como le dio la gana de un diciembre a otro.

Su poder inició en diciembre de 1908 y terminó en diciembre de 1935.

Transformó en esclavos a quienes pueden clasificarse en Venezuela como los hombres de tres regiones geográficas; el andino quien vigilaba a favor del amo; el margariteño, hombre oceánico quien aguantaba el resuello y fue a construir cientos de torres petroleras (asesinando la vida en el Lago de Maracaibo), luego el falconiano, hombre trabajador, duro para la faena diaria.

Nunca el venezolano, incluyendo al de estos tiempos, supo que por sus alrededores la humanidad estuvo tan cerca en el manejo sólido de riqueza tras la comercialización de su petróleo, donde sus ganancias ni siquiera pudo tocar.

No obstante, y en medio de tanta opulencia las tendencias tras su control se institucionalizaron manifestándose sin preocupaciones tras la captura de un negocio, el cual no alcanzaba a levantar una idea que consiguiera advertir como una nación productora no desviara sus esperanzas, al seguir llegando tarde a una verdad esperada en el último siglo y medio.

Richard Monnin en su obra *Cuando la lata de leche costaba un real* (1980), escribía sobre esos acontecimientos raros, de esos que han volteado a los verdaderos, que comenzaban a enmascarar los personajes. En un país de extravagancias, abusos y justificaciones hechas normales, permanentes y duradera, una sociedad del petróleo. “[...] pavones en putrefacción (pescados) [...] pescadores a la dinamita, altos personeros, los dos, del gobierno. Mi amigo se convirtió en uno de los grandes conservacionistas de la fauna y de la flora de nuestro país”. (Monnin, 1980, p. 32).

Llegaron muchos episodios que volteaban la historia, donde los buenos eran malos y figuras oscuras se transformaron en ciudadanos célebres. Aquel paisaje sólido se desdobló en medio de compradores y malgastadores, ninguno triunfó sobre las arcas de dinero, aun cuando crece, se expande y compromete aumentan los abusos tras su miserable explotación e injusta comercialización, arrastrando extensos números de muertos en todas las guerras habidas y las anunciadas por petróleo.

Durante todo el siglo XX el triste caso venezolano importó más del 90 % de su consumo y perdió su producción. Su negocio apenas dedicó a la agricultura una limosna de 13% cuando la mayoría de sus



tierras siguen siendo cultivables, pero quedando el 86% de sus dominios bajo la propiedad privada.

Aquella nota de Ramón Ayala A, en su obra *Lilia*—primera novela dedicada a la influencia del petróleo en Venezuela— fue escrita en New York y publicada en 1909, señalaba: “Hagamos, pues, una alianza o liga contra la adulación, como esas que se hacen contra el alcoholismo y la tuberculosis” (Ayala, 1909, p. 47). En un tiempo, Venezuela le ganó a la tuberculosis, pero el alcoholismo siempre nos venció.

Así se desdobló un paisaje de sólido espacio entre compradores y malgastadores, en el cual ninguno triunfó sobre arcas de dineros, aun cuando crece, se expande y compromete, aumentan los abusos tras su miserable explotación e injusta comercialización, arrastrando extensos números de muertos en todas las guerras tenidas y las anunciadas por petróleo.

En Cabimas antes de 1914 la gente ocupante de los terrenos vio la llegada de grandes máquinas, las cuales, en complicidad con los Intendentes, jefes Civiles y prefectos, dijeron que todo lo habían comprado *La compañía*. Así emprendió el despojo, todo inició a ser desalojado y las potentes máquinas demolieron sus viviendas.

Todos se vieron obligados a irse a las orillas de El Lago y allí construir palafitos. Con estos extendieron los Muay's (muelles), caminos que comunicaban a sus casas, pero debajo de sus viviendas iban recibiendo aceite, era mene.

A finales de 1700 Alexander Von Humboldt, erudito, geógrafo, naturalista, explorador, defensor de la filosofía y la ciencia romántica prusiano, junto a Aimé Jacques Alexander Bonpland, explorador y botánico francés, hicieron el levantamiento de los sumideros desde Trinidad y Tobago hasta los límites de las Guajiras. Creían que en el Zulia existían volcanes pues había tanto hidrocarburo —petróleo y gas— que estos explotaban de forma natural. Sus incendios se percibían como volcanes pues ayudados por tanto calores, hacían grandes cortinas de fuego. Sus presiones, tres siglos después, siguen siendo impresionantes.

Pero cuando las transnacionales llegaron a sus orillas murieron y las sombras de sus palafitos hicieron su cortejo. El aceite acumulado fue la causa. Estos producían potentes incendios que devoraban el Lago Madre de Venezuela, el Lago de Maracaibo.

El corazón del país está ubicado en esas riberas.

Riveras creadas alrededor de cordones de miserias, bares y prostitución. Muchachas lanzadas a ese terrible mundo y como el obrero petrolero ganaba más dinero de lo habitual, al salir de su faena cerca de las cuatro de cada tarde, la distracción eran garitos y burdeles, muchas mujeres no tuvieron otra opción que trabajar en esos sitios, empujándose a esos niveles de pobreza. Así nació la prostitución en *La casa del petróleo*.

En aquella costa oriental del lago, nacerían campos petroleros pertenecientes a las compañías petroleras, aún existe uno llamado Hollywood. Gozaban de calles, avenidas, alumbrado, asfaltado, supermercados, dispensarios, servicios, distracciones, señoras y licor.

Pero en la parte de exterior de esos campos, los padres desesperados por la pobreza escuchaban las propuestas de jóvenes ingenieros contratados quienes para obtener una de aquellas codiciadas viviendas debían demostrar la permanencia de un hijo o hija. Sin dudar lo proponían a los pobres una mejor vida para su muchachito y estos los cedían, regalaban a sus hijos para una mejor vida y esa costumbre aún se mantiene por esas zonas.

Mientras el poder de los superintendentes mandaba a detener a cualquiera y así cobrar multas a aquellos trabajadores, aparte de dejar gran parte del sueldo en bares, terminar ebrios, también desandaban entre polvorientas calles y cuando eran vistos por estos jefes, tenían autoridad para mandarlos a la cárcel.

Así se desarrollaba la vida la cual es relatada en la novela del petróleo encontrada en más de ciento cincuenta autores, donde se refleja el daño sufrido en aquellos años de la primera mitad del siglo XX, a donde sus pobladores se vieron obligados a asilarse a las orillas del Lago.

Para 1880 una ciudad de puertos conocida como Maracaibo, ya era pujante. Cada año un promedio de doscientos vapores se estacionaban a lo largo de sus costas haciendo negocios, junto a una flota de ochocientos cayucos, bongos y piraguas, estas últimas llegaban a tener hasta quince metros de largo y cuatro de ancho, todas juntas se paseaban alrededor de cuatro buques que semanalmente atracaban en sus aguas.



Todo iba pareciéndose a los intereses del petróleo tal y como lo denunció Ramón Díaz Sánchez antes de escribirlo en *Cassandra* [1957]: “[...] ¿qué es lo que piensa usted de Cassandra? ¿De qué manera la relaciona con el petróleo? [...] —Esta noche —decidió de pronto Míster Walter— vamos a hablar del petróleo, pero comenzaremos por el principio. Venga conmigo [...]” (Díaz Sánchez, 1980, p. 242). Con ese pasar del tiempo donde todos aquellos momentos fueron tomados por tanta explotación con sus ganancias, todo, hasta las tragedias las generaron aquellas décadas vividas por todo su control. En 1937 cuando la piragua Ana Cecilia se hundió se ahogaron todos sus ciento veinte ocupantes. Para 1955 igual destino tuvo La Diáfana, entre otros falleció la gloria deportiva Rosario Solarte. Todo comenzó a manipular el petróleo y la muerte no podía escapar.

Aquella Maracaibo de 1910, con veinte mil habitantes, ocupaba en las labores de El Lago a cinco mil hombres y unas cuantas mujeres dedicadas a los trabajos de marineros, esto representa el veinticinco por ciento de su población.

Sus habitantes, mil quinientos años atrás, eran conocidos como *Los señores de la laguna*. Eso cambió; ahora eran *Los señores del petróleo*. Entre ellos hablaban de pueblos de agua y de pueblos de tierra. En tiempos de la colonia pobladores fundaban sus refugios a sus orillas: Maracaibo, Los Puertos de Altagracia, Tomoporo, Moporo, Santa Rita, Gibraltar, La Cañada, Lagunillas, Cabimas. Después vinieron: Mene, El Menito, Mene Mauroa...

Para 1950, en sus astilleros se construyeron los vapores Trujillo y Venceremos, fueron copia de los que ya surcaban el Mississippi en Estados Unidos. Después copiaron sus casas convertidas en Villas, barrios por urbanizaciones y así fueron poco a poco: campos de beisbol, mucha cerveza, clubes y extravagancias. El Zulia llegó a ser diferente al resto del país. El impacto fue distinto en una Venezuela agrícola cuando los productos de Los Andes —Táchira el principal— en 1878 surcaban desde El Lago hasta los puertos de Hamburgo y New York, se hicieron las travesías en los vapores Progreso de la Casa alemana Boulton, luego hicieron lo mismo en Venezuela, Colombia, Maracaibo, Filadelfia, Zulia y Mérida.

Los viajeros hicieron de los alrededores de El Lago su ciudad y fundaron para 1834 su propio cementerio, donde llegaron colonias de

extranjeros conformadas por alemanes, ingleses y judíos. Su camposanto fue cerrado para 1842 y saqueado un siglo después en 1942.

En las ciénagas de Juan Manuel, está el Relámpago del Catatumbo el mismo se observa a cuatrocientos kilómetros y su encendido relampaguea más de 1.176.000 veces al año. Este fenómeno genera el diez por ciento del ozono que sustenta el planeta.

Lagunillas de Agua creció como zona de palafitos y la misma se remonta a más de diez mil años de antigüedad. En el siglo XV las hordas coloniales la atacaron, pero sobrevivió al igual que lo hicieron en tiempos de corsarios, piratas y filibusteros un siglo después, ese fue el primer saqueo. Luego vino el segundo saqueo el del despojo tras la colonización, el cual perduró cuatrocientos años y a partir del siglo XX vino el tercer saqueo tras la fuente inagotable de petróleo, esta vez extraído por ingleses, holandeses y norteamericanos. Hasta sus costas llegaron todas las nacionalidades inimaginables y un siglo después aún mantiene reservas. Fue la zona que logró resistir cuatro grandes incendios, aunque el de 1939 la arrasó.

En 1774 su nombre la distinguía como Nuestra Señora de la Candelaria de Lagunillas, ya desde aquel entonces había afloramientos de mene los cuales fueron solicitados con regularidad por el Rey Carlos V, todos con fines medicinales.

Más del sesenta por ciento de toda la producción petrolera venezolana provino de Lagunillas. A todas sus partes llegaron pescadores margariteños, (isla al oriente, zona norte venezolana), aborígenes de Coro y zamarrros mestizos provenientes de los llanos venezolanos, su objetivo era vencer la pobreza en sus hogares trabajando de sol a sol en aquellas estaciones petroleras.

El pueblo creía y crecía exageradamente. Se instalaron planchones los cuales descansaban en profundas estacas, todo esto hizo crecer a Lagunillas de Agua. A un lado, protegido del verde oleaje se encontraba escondido el jugo de la tierra y esto lo sabían las empresas extractoras. Poetas del Zulia indicaban: “El rumor del lago en Los Puertos, donde escribo estas páginas, muy cerca del muelle, por las noches cuando barcos y peces parecen dormir; las arenas y el sol de su península, el azote caliente de los vientos del Golfo [...]” (Bosch, 1984, p. 15).



Inundado de familias siempre llegaron los oportunistas, jugadores, cervecedores, prostitutas y leguleyos. Muchos sindicatos y las llamadas Asociaciones de Defensa igual constituidas, casi todo ilegal frente a los ojos del gobierno y muy incómodo para las costumbres de las transnacionales que no estaban dispuestas a tolerarlas.

Voceros de las compañías petroleras califican a través de periódicos y en sermones domingueros que aquel poblado era una Sodoma moderna. Un pueblo inundado de sindicalistas y prostitutas. El sector donde vivían los obreros, construido por la *Lago Petroleum Corporation*, fue etiquetado como La cueva del humo o Campo Rojo. Así comenzamos el desprecio, el cual hoy en estos llamados tiempos modernos al igual que en el pasado, ha levantado todas las expresiones de odio entre los que más disfrutaban frente a los que nunca nada tuvieron. Ese odio justificó en Lagunillas sus incendios. Los de los años 1927, 1928, 1932 y 1939 todos en tiempo de iniciarse la era petrolera. El incendio del 16 de abril de 1932 fue muy lamentable, pero el ocurrido en 1939 logró poner punto final a la historia de palafitos sobre Lagunillas.

En 1932 el fuego comenzó a las 4:10 pm. Se inició en una casa que llevaba signado arriba en el marco de su puerta el número 3. Perteneció a Antonio José Navarro. Aquello literalmente arrasó toda la población, las lenguas de fuego llegaban a la avenida a sesenta metros, cincuenta y dos casas quedaron hechas polvo. Las pérdidas sumaron medio millón de dólares.

Pero aún el infierno no llegaba y como una imagen violenta, la cual se asoma más allá de un dintel desaparecido, esta salió la noche del 13 de noviembre de 1939. Por allí se encontraba distraído Juan Arrieta quien al percatarse del fuego su garganta se le pelo de tanto gritar. Aquello fue desgarrador. Algunos afirman que fueron tres mil personas las que murieron calcinadas, otras cifras revelan algo mucho más aterrador, los muertos llegaban a cinco mil. A la mañana siguiente todo escupía un humo triste de pocos horcones los cuales ardían todavía. Como un castigo afirmaban algunos.

Aquel evento fue el punto final de Lagunillas de Agua pues en 1937 y el presidente Eleazar López Contreras, quien venía de ser ministro de Guerra y Marina del dictador Juan Vicente Gómez, firmó un decreto para que aquellos incrédulos habitantes se fueran a los terrenos de una nueva población, así se creó Ciudad Ojeda, y aquellas áreas irían a parar a los propietarios de las transnacionales.



Hoy, apenas un muro el cual se ve desde los satélites con una longitud de veintisiete kilómetros protege sus áreas para que las aguas de El Lago no entren a su superficie que está siete metros debajo del nivel del mar pues las transnacionales extrajeron tanto crudo que la tierra se hundió.

La historia de aquellos eventos ansiosos por conseguir más dinero fácil, por parte de las compañías petroleras, ocasionó los feroces incendios, pues les resultaba difícil la explotación de innumerables y apetecibles depósitos de petróleo que se escondían debajo de los tablones que protegían a los indefensos lugareños.

Pero nada había descansado, toda aquella zona venía de momentos nada tenues. Todo se movió. Allí Brett Martínez en su obra de crónicas *Aquella Paraguaná* (1998), señalaba:

A principios de 1925 atracaron al muelle los primeros tanqueros con petróleo del Zulia. Los vapores Cabimas, Paraguaná iniciaron el transporte comercial y finalmente la empresa elevó a quince el número de bandera nacional. Dos meses después de haber llegado el primer crudo se produjo uno de los acontecimientos de más importancia. El 21 de marzo de ese año la playa Norte de Carirubana se llenó de gente ansiosa de presentar un espectáculo sin precedentes. Fondeado en la bahía estaba el vapor norteamericano San Gerardo, el primero que transportó petróleo de Venezuela a Estados Unidos. Salió precisamente de Las Piedras con 103.617 barriles. Cuando el buque se arrimó al muelle, la plataforma se estremeció y hubo cierta preocupación entre los proyectistas y constructores de la obra. (Brett Martínez, 1998, p. 79)

En esas entrañas de El Lago de Maracaibo quedaron amarradas un sistema de tuberías que siguen originando cientos de derrames, para esconderlos las transnacionales utilizaban una espuma provocando que el crudo se hundiera en el fondo. Capa sobre capa lo impermeabiliza, eso fue haciendo que muriera el lago lentamente, junto a sus peces y algas.

Ahora la literatura del petróleo en Venezuela encara dolencias en las que el tiempo se ha encargado de mostrar como una deuda, una pena, un dolor. Quienes explicaron, con una ausencia de testigos dentro y fuera de los campos petroleros a un país sembrado por fortunas, escondidas a la realidad de quienes lo han habitado a través de décadas

inundadas por riquezas colonizadas, que luego fueron nacionalizadas convirtiéndose en negocios, fortunas, movidas financieras, todas implementadas tras cada reventón y que podemos llamar la cultura del petróleo.

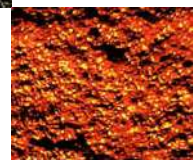
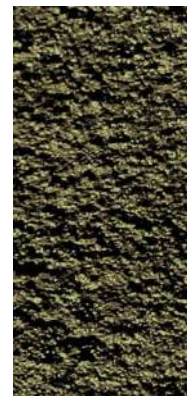
Una nación agraria sorprendida, conformada entre tradiciones y costumbres en sus alimentos, juegos de palabras, modelos, expresiones, colores, pinturas, hábitos, historias, pasatiempos, casas de zaguanes blancos, ventanas y cerrojos, ropas de kaki, maneras y expresiones las cuales fueron creando una primera historia a finales del siglo XIX y tuvo su máximo desarrollo a partir del siglo XX con las transnacionales petroleras.

Un tachirense escondido escribió en *Petróleo, Mi General*: [...] y el relinchar despacioso de los tranvías, por los automotores hechos en el gran país que había mandado sus técnicos a ordeñarnos el petróleo. Los chorros seguían brotando y la gente no se daba cuenta de lo que hacía el General, quien conversaba con los gringos y se iba por los potreros, y la tierra seguía esperando que el viento regara sobre ella el rico producto. El secreto estaba en la estatua del toro, los ordeñadores seguían diciéndole al General, “deje las vacas, esto es puro petróleo mi General. Tronco de verga, eran los mismos, negros enlevitados de siempre”. Con el petróleo quedamos sorprendidos tras un proceso económico que dejó atrás el café, plátano, cacao, añil, tabaco y también las costumbres. (Croce, 1977, p. 23)

Todo cambió por un nuevo proceso cultural conducido tras el petróleo y de allí las nuevas relaciones con el mundo las cuales desde acá improvisaban el torbellino de tener dinero, pero sin saber qué hacer con él. Un dinero fácil hizo que nuestra economía, sin esfuerzo propio, se obtuvieron grandes ganancias.

Con el estallido de cada pozo, sin misericordia ni complejos se instalaba una nueva vida, conductas, exigencias y por vez primera se escuchó en boca del venezolano el rechinante modernismo y apuro, todos andaban rápido, esas extravagancias se copiaban para el resto del país desde Caracas.

Ávidos de bienes materiales y estatus económico, al precio que fuera, fue mantenido desde entonces por un único modelo; la corrupción. La modestia quedó reemplazada por un tráfico falso de



modas, marcas y suvenires. La sencillez y las conductas provincianas fueron burladas. Pero los tiempos modernos tenían sus comportamientos privilegiados en viajes, modas, licores y trapos nuevos, tallando el antes, después y ahora de una nación privilegiada por el petróleo.

En Venezuela su negocio destruyó la agricultura y desde entonces todos los proyectos de grandes empresas y materias primas fracasaron una tras otra. Nunca se construyó tradición ni esfuerzo pues una vez el petróleo arriba en la superficie alcanzaba más valor y de allí al descalabro, su royalty. Hasta 1928 Venezuela exportó ochenta y ocho millones de kilos de café, a partir de entonces su exportación bajó a treinta y seis millones en kilos de este rubro.

La novela caraqueña se hizo presente con la descripción de una sociedad de familias en *Elvía* de Daniel Rojas [1912]:

La proximidad geográfica, las instituciones políticas, la forma de gobierno y la juventud exuberante de bríos que hermosea a la república del Norte, debieran ser motivos naturales para exhibirse la mejor aliada de estos países hispanos. Las diferencias de raza, de idioma, de religión significarán poco en el crisol del progreso que todo lo amalgama de manera tan admirable, que casi reemplaza a la naturaleza, lo cual acontece en Europa y en la misma república yanqui. Mas esta no es amiga sincera de los Estados del Sur. Por el contrario, es nuestro enemigo más peligroso. Cada abrazo que nos da es un tanteo de nuestro organismo para el día de la estrangulación definitiva. Entre tanto nos divide en el interior y del exterior procura aislarnos para apoderarse impunemente de la presa. (Rojas, 2017, p. 14)

La extracción de nuestro crudo sirvió para impulsar dictaduras en América Latina, aparte de crear la enorme necesidad de consumo de gasolinas y acabar redes de ferrocarriles, así el petróleo generó gran cantidad de dinero tras su descarada explotación.

Todo regresó refinado, hasta nuestro comportamiento el cual nos sirvió para negarnos, establecer diversas clases sociales y ocultar la verdad traspasada por la exageración energética del petróleo.

Cuando las máquinas llegaron a San Timoteo, acompañadas por los jefes Civiles para derribar casas vendidas a la Compañía, con aquel concepto, nombre, desgracia o suerte, siempre todo lo definieron los amos del petróleo.

Hablo de un petróleo que cambió la historia y conciencia nacional. Terminamos importando latas de tomates italianos, cuando sus siembras se daban todos los meses del año en el país. Papas fritas inundadas de salsa de tomate importada eran los pasa palos deseados en fiestas y las ramas que hicieron un arbolito de navidad, inundado con pasta de jabón blanco simulando nieve, fue sustituida por las copas de pinos canadienses.

Para 1918 José Rafael Pocaterra en *La Tierra del sol amada*, sacó su escrito:

Leen admiran, no asimilan. Viajan por Europa, por Nueva York... Traen un calzón de grandes fondillos, un bastón paraguas, el pantalón al tobillo, un encendedor automático con repuesto y la vaga superioridad de quien se asomará un rato a la estrepitosa civilización material del Norte, a trasquilarse la lana a dólar el tijeretazo... si no es el que va “colándose” en sociedad y a quien todavía le cruje la pata plebeya entre las botas de charol. Cabezas de palo pintado, tíasas, sin expresión; pobres hombres que ganan una “soldada” y se conducen bien en la vida y en la casa; “apoderados”, que después de ser burros de carga quedan para asnos de paseo, presidir juntas directivas, vicegerencias de compañías anónimas que no son sino sindicatos de tres o cuatro pejes gordos, paja para rellenar y hacer bulto entre la cacharrería de risibles cámaras de comercio que la mano alemana hasta ayer rotulaba y colocaba en su respectivo sitio. Así el país que ha tenido las mayores condiciones y potencialidades de América Latina para abandonar el subdesarrollo y quedó como un bobo disfrazado con corbata y flux en medio de una acalorada sabana atolondrada por balancines los cuales eran observados con el sueño de sacarnos de la pobreza. (Pocaterra, 2021, p. 172).

Oficinas y residencias de ejecutivos extranjeros con sus nacionales sirvieron para convertir la floreciente industria petrolera en un Estado dentro del Estado. Como lo escribió en 1960 Efraín Subero en su obra *Campo Sur*, el Sur de los trabajadores y el Campo Norte sólo para los gerentes. Allí se conoció la moderna discriminación porque la vieja mirada que rechazaba a negros e indígenas ya venía instituida desde siglos atrás.

Los pagos a los trabajadores eran misérrimos. La situación obligaba a renunciar porque los permisos no existían para ir a ver la mujer y los tripones, de regreso te achicharras en los portones

suplicando una nueva plaza y si te aceptaban trabajabas por la mitad del último salario.

Luego, esposas e hijos huérfanos en los incendios de los campos petroleros y las fuertes jornadas de trabajo, donde las huelgas paralizaron la industria sólo por llamar la atención de los gerentes y entender que los trabajadores necesitaban agua fresca o una panela de hielo. Así nació la industria del petróleo en Venezuela en el que los extranjeros no entendían que un trabajador debía refrescarse antes de irse a dormir en casas de cuarenta y seis metros, bajo los insoportables calores de las zonas petroleras. Allí todos se quedaron esperando indemnizaciones.

Juventudes acolchadas de aceites sin perspectivas, desesperados comentaban entre pobres sin comida ni trabajo. Un padre peón tuvo que abandonar la gran hacienda del petróleo pues su familia estaba muy mal y debía producir. Algunos buenos amigos les hacían diligencias en el pueblo con allegados a las transnacionales a ver si conseguían un trabajo en un campo petrolero de Oriente.

Con más fuerza a partir de 1900 el alcoholismo tomó los campos. Era la respuesta a la evasión de la realidad, el desamparo del campesino sujetó las arbitrariedades del dueño de la tierra, quien ayer compró terrenos por cualquier moneda, destruyó una ilusión de un mundo agrario e incentivó las irresponsabilidades de una sociedad precaria hasta en su imaginación, donde la lucha libertaria de apenas unas décadas atrás ni se notaba en sus recuerdos.

En 1931 un prolífico Rufino Blanco Fombona escribió en *La bella y la fiera*:

Hoy es, a la sombra de la política, multimillonario: lagos de petróleo, minas, haciendas, potreros, rebaños, compañías de vapores, de ferrocarriles, muelles, sociedades de carne congelada, el monopolio de artículos de primera necesidad, como la carne, la leche, la manteca, la sal, los fósforos, y el tesoro de la nación, ¿qué no es suyo? Este hombre adquiere una finca rural en doscientos o trescientos mil pesos, se la hace comprar para su congreso en diecisiete millones, y después se la hace regalar por la República, conservando la finca, los diecisiete millones y la ignominia de tales operaciones cínicas financieras". Pues bien: este honrado archimillonario suele despojar, por capricho de acaparador e insensatez de alma ruin, a cualquier padre de familia de alguna hacienda que le guste o a cualquier pobre viuda

de alguna pobre casa. ¡Gomecillo de pasamonte ha ascendido de ratero a millonario; pero no olvida su origen ni sus instintos rateriles! De ahí venimos. (Pocaterra, 2005, p. 132)

Con esta radiografía social, cómo negarse a rescatar el interés de un país, mientras prolongadamente se reciben a diario las ilusiones de un trabajo con fe de quimera prolifera por la ganancia de la negra brea. Esta historia que hoy proponemos advertir está en medio de muchos caminos arriesgados.

A la literatura del petróleo se le une la coincidencia de sus escritores por narrar a una Venezuela con distancia, pero también con cercanía. Unidos al tema, los imposibilita separarse en la narrativa, la cual se inmiscuye contando, describiendo, relatando cada detalle en los gobiernos de Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras, Mediana Angarita, Rómulo Gallegos, la Junta de gobierno, Pérez Jiménez y Edgar Sanabria, hasta allí encontramos detalles importantes recreados en la literatura venezolana.

Pero nada que toque la historia del petróleo en Venezuela puede ignorar el largo periodo de inicio y consolidación de un pensamiento que se aprovechó de sus recursos, y a la vez hacer la abstracción del muy largo tiempo en el cual Juan Vicente Gómez estuvo en el poder, instalando el conglomerado de empresas petroleras, incluyendo una de su propiedad.

En las primeras novelas sobre el tema del petróleo, como *Lilia* de Ramón Ayala publicada en New York en 1909, existe un personaje femenino cálido, flexible al igual que en *Elvia* de Daniel Rojas, pero en la *Tierra del Sol Amada* de José Rafael Pocaterra la narración de un intelectual quebró al gomecismo.

Relatos descriptivos que cuajaron lo mejor de la continuidad del talento literario que no tiene fecha de arranque, y hoy, aún no termina. *Lilia* y *Elvia* son discursos amorosos, donde lo político no existe, solo se implantó lo romántico.

Presentar a personajes como Teófilo Aldana en *Mene* por parte del prolífico escritor Ramón Díaz Sánchez, es una obra de arte para la literatura del petróleo en Venezuela. Un venezolano arrastrado por la indiferencia de las compañías petroleras, allí está el dolor y muestra la famosa lista negra de aquellas corporaciones. Por eso Aldana toma venganza con la posesión de la mujer de quien lo oprime y desprecia.

En 1935 en *Mancha de Aceite* del colombiano Carlos Uribe Piedrahita médico de la Shell hechizado por la magia de El Lago de Maracaibo, describe hasta el fuerte olor que llega a lo lejos del Mar. En todas, está un deseo de fantasía, diríamos hoy pura realidad virtual.

En 1938 la devoción de una anciana madre entregaba los originales de la novela *Eufrosina* —una obra aún desconocida para los venezolanos— y fue Guillermo A. Coronado quien reveló con hermosura y realismo la vida de un pueblo serrano expoliado por diversas injusticias en la época sombría del caudillismo. Sobre aquella sombra de atraso social, barbarie y relatos una acción de país discurre en aquella novela sencilla, lineal y sin exuberancias verbales.

Aún no existe nombre para narrar lo sucedido. El sonido metálico, la jornada, la faena y el carretel sonoro de órdenes ensuciaba espacios vírgenes y despertaba a los dioses de la tierra, su sangre se removía como en una transfusión delirante, enloquecedora.

Del subsuelo vivo por donde corría el Mene desplazándose para no ser alcanzado por los porrazos de la *Star Machine* en el Cerro La Estrella, en la tarde del 31 de julio de 1914, Duarte observó como la tierra se movía y sintió el ruido del petróleo. Bramaba el lugar, la torre y la cabria parecían caerse tras su estallido.

El llanto, navegando hacia Estados Unidos pasaba por México y la Virgen de Guadalupe la oyó y llevó hasta el fondo de sus ojos la imagen de los campos petroleros que un criollo intruso y extranjero abandonaba a aquel familiar sacado de las vetas de la tierra.

La mancha siguió, avanzaba mientras las torres devoraban casas de inocentes para que en sus lugares se construyeran edificios inteligentes, modernos, todos desbordados por la tragedia del mineral que ha traído más odio y división por sobre el planeta; el petróleo mismo, pero si todos lo hacen no hay pecado ni crimen.

Nos tocó un país oculto al petróleo, pero mantenido por él, donde nadie lamenta su explotación, latrocinio ni su administración. Su poder sustituyó el cacao, café, plátano, añil y hasta los sueños. Los puertos de Hamburgo y los de la Costa Este en Estados Unidos cambiaron de vapores a cargueros, y fueron ricos con nuestro maléfico “*Oro Negro*”.

Un país agrícola, rural, criado a pulmón y sacrificio, curado con ramas, quien comenzó a ver a los nuevos jefes; guachimanes, intendentes e ingenieros ordenando sobre botas de cuero cuando el





resto andaba descalzo, tomando whisky cuando otros calentaban su aguamiel, mientras sus jefes comían Corn Flakes de Kellogg's cuando el resto apenas probaba carabinas con cebollín.

Si con esto no estamos divididos o fracturados, sería negar el cuerpo de la historia el cual no interesaba. Un país inocente pasó a tener malicia y está escondida en la literatura que interpreta las formas puras del ser venezolano.

En fin, más allá de las distancias perforadas por balancines y cabrias de aquella industria, también queda la intención de otros escritos tímidos, escondidos ante el poder del petróleo. Ya no podemos evadir argumentos y es justicia que los personajes criollos de esta actividad sean reconocidos en un tratado moral, ya no se puede tapar después de siglo y medio de degradación nacional, estamos obligados a voltear la mudez sobre el imaginario del compromiso espiritual en la conciencia del petróleo hacia una sensible literatura para el venezolano.

Nosotros somos una gran infraestructura energética pero también somos la construcción del olvido. Hasta más pronto...

### Bibliografía

- Ayala A, Ramón (1909). *Lilia ensayo de novela venezolana*. Venezuela, Tipografía Americana.
- Blanco Fombona, Rufino (2005). *La bella y la fiera [1931]*. España, Ediciones Edime
- Bosh, Velia. Comp. (1984). *Gente del Lago*. Selección, prólogo y notas de Velia Bosch. Fundación zuliana para la cultura.
- Brett Martínez, Alí (1989). *Aquella Paraguaná*, Venezuela. Fondo Editorial Alí Brett Martínez, 2da edición.
- Coronado, Guillermo A. (2004). *Eufrosina [1938]*. Venezuela, Biblioteca de Autores y Temas Falconianos.
- Croce, Arturo (1977). *Petróleo, mi general*. Venezuela, Monte Ávila Editores.
- Díaz Sánchez, Ramón (1980). *Cassandra [1957]*. Colombia, Ediciones españolas.
- Gallegos, Rómulo (1985). *Sobre la misma tierra [1944]*. Venezuela, Editorial Panapo, C.A.

- Monnin, Richard (1980). *Cuando la lata de leche costaba un real*. Venezuela.
- Mora, Pablo (2008). *Sangre zurcida*. Venezuela, El árbol editor.
- Pocaterra, José Rafael (2021). *Tierra del sol amada: novela* [1918]. Caobo ediciones.
- Rojas, Daniel (2017). *Elvia: novela caraqueña* [1912]. Venezuela, Biblioteca Ayacucho, tomo I.
- Subero, Efraín (1960). *Campo Sur*. Venezuela, Ediciones Ancla.
- Toro Ramírez, Miguel (2005). *El señor Rasvel*. Venezuela, Fondo Editorial del Caribe.
- Uribe Piedrahita, Cesar (2019). *Mancha de aceite* [1935]. Venezuela, Biblioteca Ayacucho, Tomo II. Venezuela,

